



Prólogo y protesta

La historia del insigne mártir San Narciso, obispo y patrono de la ciudad de Gerona y su Diócesis, no es de aquellas que pueden presentarse con la riqueza de pormenores y exactitud de detalles que dan á su objeto el carácter de relato enteramente cierto é incontrovertible. Lo remoto de los tiempos á que debe referirse, la escasez de documentos que puedan considerarse auténticos y la larguísima serie de vicisitudes por que ha debido pasar esta región de la península ibérica antes de llegar á constituir la nación catalana, son causa natural y lógica de esa especie de niebla que envuelve su historia en todo aquello que alcanza más antigüedad que la Edad media. A pesar de ello, no existe fundamento bastante para negar en absoluto la verdad de todo lo que se halla

escrito acerca de aquella remota época, ni siquiera para ponerlo todo en duda racional y perfectamente justificada. Porque, si bien es cierto que en este punto reina la oscuridad y confusión que tanto es de lamentar, no puede con todo decirse absolutamente que todo sea negación y tinieblas impenetrables: algunas brillantes ráfagas de luz permiten distinguir algo importante á través de la noche de los tiempos antiguos. Y esto que en general puede afirmarse respecto de la historia de Cataluña, puede también aplicarse en particular al asunto que forma la materia de este opúsculo. Aunque los datos son relativamente pocos, y no todos aceptables, algo se encuentra no obstante en el dilatado campo de las antiguas y modernas crónicas.

Las primeras noticias de la vida y martirio de San Narciso campean con admirable armonía en los viejos breviarios gerundense, barcinonense y augustano, dónde han de suponerse cuidadosamente recogidas, para las lecciones del rezo y sagrada liturgia, de tradiciones y monumentos que debieron reputarse fidedignos. Viene luego la correspondencia que medió en el siglo XI entre ilustres Prelados de Augusta y Gerona, pidiendo y comunicando noticias de un Santo, á quien ambas iglesias justamente veneran como apóstol y doctor insigne de las mismas. Al propio tiempo aparecen las Actas de la

Conversión de Santa Afra, admitidas como antiquísimas y fehacientes por los más autorizados críticos y cronistas. Del mismo siglo es un notable sermón del abad-obispo ausonense Oliva, del que se guarda copia en el archivo de la S. I. Catedral de Gerona. Y posteriormente, además de un *Compendio* de la vida de San Narciso, de fecha menos antigua, existen las relaciones y notas de Papebroquio, Tillemont, Baronio, Tamayo de Salazar y otros ilustres críticos; las colecciones de los Padres Bolandos; varios martirologios y crónicas, y muchísimas obras de notables escritores, que acogen el relato de aquellos antiguos documentos y los reproducen, ordenan y comentan, sin que ninguno de ellos ponga jamás en duda lo fundamental de tan importante historia.

Verdad es que todos esos interesantes documentos se limitan á recojer ó, cuando menos, á parafrasear unos mismos datos, que desde luego acusan idéntico origen; pero esta misma uniformidad y mesura les comunica un carácter tal de probabilidad y casi certeza, que los hace enteramente aceptables. Con ellos pudieron muy bien tejer su historia de San Narciso los eruditos padres Juan G. Roig y Jalpí y Onofre Relles, que casi á un tiempo la escribieron durante el siglo XVII; pero, no quisieron estos autores contentarse con lo que la antigua tradición

había trasmitido y que debió parecerles poco, y para rellenar en lo posible tantas lagunas que hallaban en un asunto por ellos tratado con decidido empeño, no rehusaron admitir como buenas y verdaderas muchísimas noticias sacadas de extraños cronicones, que la sana crítica ha debido relegar al montón de las historias fabulosas. Quizá esta circunstancia fué causa de que sus escritos hayan alcanzado muy poca circulación.

No hay noticia de que, durante el siglo XVIII, se publicase nada nuevo respecto de San Narciso; antes, al contrario, á fines del mismo siglo un ilustre miembro del Cabildo Catedral de Gerona, el Dr. D. Francisco Javier Dorca, escribió una erudita colección de noticias relativas á los Mártires gerundenses, y en ella más bien se propende á cercenar de la historia del santo Patrono de Gerona algo de lo que desde un principio se había admitido como tradición constante y uniforme.

Por esto sin duda el ilustrado catedrático de Letras humanas y beneficiado de la propia Iglesia Catedral, Dr. D. Ciro Valls y Geli, en el prólogo que puso al frente de un libro en que aparecieron reformados los devotos ejercicios del novenario de San Narciso, cuando la traslación del santo cuerpo á la nueva capilla en 2 de Septiembre de 1792, manifiesta que, á pesar del deseo que tenía

de presentar al público la historia del santo Mártir, hubo de decidirse á suprimirla, por considerar generalmente sabidas las noticias que contienen los documentos y autores antes citados; y añade que, á su ver, daría poquísima satisfacción una historia en que necesariamente han de quedar muchos y lamentables vacíos, á menos que nuevos descubrimientos ofreciesen nuevas especies que pudieran ilustrarla.

Desde entonces, ha transcurrido con exceso un siglo, y nada nuevo á venido á disipar las indicadas dudas y llenar los expresados vacíos; siendo, por lo mismo, imposible salvar los inconvenientes que retrajeron al docto catedrático de dar á la estampa un trabajo que consideró de escaso resultado.

Estas consideraciones darán al lector la medida de la verdadera dificultad que se atraviesa en el camino de quien se proponga recorrer los anales y antiguas crónicas en busca de datos con que hilvanar tan sólo un bosquejo de la historia de un Santo mucho más célebre y conocido por los hechos posteriores á su muerte, que por las circunstancias de la época en que desempeñó las funciones de su apostólico ministerio. Por esto quizá ningún otro escritor ha querido ocuparse en repetir lo que de mucho antes estaba escrito y más ó menos divulgado.

Por mi parte, confieso ingenuamente que

no me sentiría con fuerzas para acometer una empresa de sí tan árdua y dificultosa, si no hubiese podido hallar ya bastante trillado el camino, merced á los esfuerzos de los autores que dejo citados; y solamente me anima á intentarlo la idea de que, en realidad, más bien que componer una historia, voy á limitarme á entresacar y coleccionar noticias de otros autores que me ofrecen ya perfectamente delineado el fondo del asunto. Por este motivo, no me atrevo á dar al presente opúsculo el título de historia ó vida de San Narciso, sino tan sólo el de colección de noticias referentes á la misma; quedando al fin reducido mi trabajo á facilitar á la generalidad de los lectores el conocimiento de lo contenido en viejos libros, que de día en día van quedando más hondamente sepultados en los rincones de antiguas bibliotecas. Sé de antemano que me es imposible ser original, y no abrigo otra pretensión que la de presentarme como mero copista ó, á lo sumo, ordenador de los datos recogidos.

Si en esta humilde labor tengo ó no acierto, podrá apreciarlo el discreto lector, á quien ruego encarecidamente que, haciéndose cargo de que el principal móvil que guía mi pluma es la buena voluntad, unida al ardiente deseo de la mayor gloria de Dios, por medio del acrecentamiento de la fé y devoción de los fieles hácia el santo Mártir, di-

simule caritativamente los muchos defectos que ha de encontrar en este libro, y atienda solamente á la sinceridad del intento que me anima de hacerlo útil para el bien espiritual de cuantos se dignen recorrer sus páginas.

Y por lo que toca á la verdad y exactitud de los conceptos en él vertidos, cúmpleme consignar que procuro en todo atenerme á las opiniones ó conjeturas que se presentan revestidas de mayor grado de certeza ó probabilidad, con arreglo á los preceptos y observaciones de la sana crítica; y teniendo en consideración la índole de mi trabajo, y obedeciendo á los decretos de los Romanos Pontífices, muy particularmente al de N. S. Padre Urbano VIII, de feliz memoria, expedido en la Sagrada Congregación de la Universal Inquisición en 13 de Marzo de 1625, no quiero poner fin á este discurso preliminar sin formular, como en efecto formulo, mi más firme protesta de que, en todo cuanto voy á referir y comentar respecto de hechos extraordinarios y prodigiosos, no es mi ánimo adelantarme al juicio de la Sede Apostólica, calificando de milagro aquello que la Iglesia no tiene declarado como tal, ni pretendo para ello mayor crédito que el de una fé humana, fundada en la autoridad de los escritores que lo refieren; en todo lo cual me sujeto gustosísimo á la censura de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica, romana, bajo cuya obediencia vivo y quiero morir.



ANTIGUO SEPULCRO DE SAN NARCISO
(Obra del siglo XIV)